

Prólogo

Nueva Zelanda
1865

Justin Connor estiró sus dedos adormecidos y la pistola humeante cayó de su mano. Asustados por la detonación, los indígenas huyeron y lo dejaron solo, acompañado por el primigenio rugido de las olas, y la oscura silueta que yacía a unos metros de distancia.

Soltó una terrible maldición.

El pavor se apoderó de él cuando tuvo que dirigirse hacia la figura inmóvil tirada en la arena como si fuese una muñeca rota.

La luz de la luna acariciaba la cara de David. Tenía un rostro hermoso y agradable, pero corriente. De esos que si te los cruzases por una calle de Londres no le echarías un segundo vistazo. Un hilillo de sangre caía por la comisura de sus labios.

Abrió los ojos:

—Oye muchacho, ¿no podrías moverte un poco hacia la izquierda? Estás tapando el viento.

Para Justin oír su voz fue tal alivio que le dieron ganas de llorar. Cayó de rodillas y cogió a David entre sus brazos:

—Maldito seas Scarborough. ¡No te atreverás a morirte ahora!

David tenía la pechera de la camisa empapada en sangre. Justin había visto demasiadas heridas fatales en sus intentos por civilizar esta tierra brutal. Incluso mientras se empeñaba en detener la hemorragia con la mano, sabía que ese hombre que había sido su amigo, padre y hermano, iba a morir. Le apartó un rizo rebelde de su frente pálida.

David levantó una mano. Llevaba una cadena enredada entre los dedos.

— Claire —susurró con la voz ronca.

Apretó la cadena contra la mano ensangrentada de Justin, y entonces se dio cuenta de la razón por la que David había vuelto a su tienda de campaña, en vez de huir hacia la embarcación que los estaba esperando. No había ido a buscar un arma, como había supuesto, si no a buscar la preciosa miniatura de su hija que llevaba en la caja del reloj.

La voz de David se estaba apagando.

— Ve con ella. Dile que lo siento y cuánto la quería. Cuida de mi angelito, Justin. Júrame que lo harás.

Justin no podía hablar. Se le hizo un nudo en la garganta. Se quedó mirando el reloj que tenía en la mano, con miedo a abrirlo. ¿Cómo iba a poder enfrentarse a esa sonrisa pícara, a esos dulces ojos marrones, y tener que contarle que su padre había muerto en sus brazos en una playa solitaria? Si no se lo decía, a lo mejor David no se moría.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, David le clavó los dedos en sus brazos. Habló con los dientes apretados.

— ¡Por Dios, Justin, prométemelo, tienes que hacerlo!

Justin inclinó la cabeza para evitar la mirada enfebrecida de David. El rostro de su amigo estaba bañado en lágrimas.

— Lo juro —susurró.

David se desplomó en su regazo.

— Ese es mi chico. — Un amago de sonrisa se le dibujó en sus labios—. No voy a necesitar una mina de oro donde voy —murmuró—. Todas las calles están pavimentadas con ese metal.

Justin, entre lágrimas, consiguió sonreír.

— Siempre has sido un eterno optimista, ¿verdad?

Pero ya nadie podía responder a su pregunta.

Acunó contra su pecho el cuerpo sin vida de su amigo, y se meció hacia adelante y hacia atrás. La culpa y la desolación se apoderaron de él, como olas que chocan implacablemente contra la arena.

Cuando finalmente se reincorporó, tenía las piernas agarrotadas y temblorosas. Levantó el cuerpo de David entre sus brazos como si fuese un niño. Su cabeza colgaba inerte y la luna teñía con tonos dorados sus enredados cabellos castaños. Justin depositó con gran ternura su cuerpo

en la parte de atrás de la embarcación. Sirviéndose de un palo largo, la empujó lejos de la costa. Después se dejó caer junto al cuerpo de David, congelado y entumecido de angustia.

Le palpitaba la mano. Bajó la mirada y descubrió que había estado agarrando el reloj de bolsillo de David con tanta fuerza que su huella se había impreso en la palma de su mano. Lo abrió lentamente.

La cara de una niña pequeña, enmarcada en rizos rebeldes, levantó la mirada hacia él con sus ojos confiados y alegres. Los mismos ojos de David, chispeantes de vida. Justin cerró el reloj de golpe. Todos sus sueños se habían terminado. Había desaparecido todo... la mina de oro, Nicholas y la herencia de la pequeña Claire. Apoyó la cabeza en el borde de la embarcación, y se sintió sin rumbo, eternamente a la deriva, como el brillo burlón de las estrellas que observaba con los ojos empañados.

Londres, Inglaterra

1865

La señorita Amelia Winters levantó la mirada por encima de sus anteojos cuando la niña entró en la biblioteca. Hacía solo unos meses Claire hubiese entrado dando golpes en la puerta, con los lazos del pelo desordenados, los botones de las botas desabrochados, charlando torrencial y alegremente. Era una pena que hubiese sido la ausencia de su padre lo que había conseguido domar su exuberancia y convertirla en una joven formal.

A excepción de su pelo. La directora resopló con desdén. Ni con todo el cepillado del mundo era posible dominar esos rizos absurdos. Incluso vestida con colores oscuros, la niña se parecía más a un querubín desaliñado que a una chica de Foxworth. Por lo menos, para variar, su delantal estaba limpio. No tenía rastros de polvo de carbón que revelaran que se había estado divirtiendo de nuevo con las criadas, ni advertía en sus cabellos que se hubiera escapado a los establos para alimentar a la camada de gatitos que había rescatado de un pozo vecino sin su aprobación.

La muchacha hizo una leve reverencia. Su aliento se convertía en vapor por el frío. Sería desperdiciar el carbón cuando ya era febrero, pensaba Amelia, arrebujándose aún más en su pesado tejido de lana.

Claire se sentó en el borde del cojín tapizado, como si temiera que el sillón de palo de rosa se la tragara. Amelia evitó mostrar su sorpresa. ¿Dónde estaban las redondeces infantiles de la muchacha? El vestido negro le daba un aspecto demacrado, parecía que sus piernas eran demasiado largas, y resaltaba sus enormes ojos oscuros, en un rostro tan pálido como la leche. Esos ojos tan solemnes y firmes, se posaron en ella con una expresión mucho más madura que la de una niña de once años. Solo sus manos infantiles traicionaban su inquietud. Estaban arrugando el papel amarillento de la que iba a ser la última carta de su padre.

Un pequeño sentimiento de piedad se agitó dentro de Amelia. Era mejor actuar rápido y matar las esperanzas de la niña de un golpe limpio.

Sacudió la crujierte hoja de papel de su escritorio y se aclaró la garganta:

—Lamento informarte...

—¿Usted? —dijo Claire interrumpiéndola.

Amelia levantó la mirada del papel.

—¿Yo qué?

—¿Lo lamenta?

La señorita Winters parpadeó. Sus miradas se cruzaron por un momento. La niña no parecía insolente, solo curiosa, cosa que enfadó aún más a Amelia.

Se ajustó los anteojos y descubrió con consternación que sus manos temblaban con más miedo que ira.

—Le recuerdo que debe reprimir sus impertinencias, señorita. Tengo ante mí una carta de sir George Grey, gobernador de Nueva Zelanda. En ella lamenta informarle que su padre, un tal David Scarborough, ha fallecido. —La palabra cayó como si fuera plomo en la tranquila habitación. Claire se puso un tono más pálida. Su pequeño puño se retorció alrededor de la carta de su padre. Lo sabía, pensó Amelia. Por el amor de Dios, ya lo sabía. Sintiendo su crudeza y su metedura de pata, continuó—: Tu padre no hizo ninguna previsión para ti, pero estás invitada a quedarte en el seminario de Foxworth hasta que podamos hacer algunos arreglos.

¿Qué estaba diciendo? Si apenas toleraba a esa pequeña criatura precoz. Todos esos escandalosos años viviendo junto a su padre sin compañía femenina, le habían dado una confianza en sí misma que bordeaba la

arrogancia. Su comportamiento era muy poco adecuado para una muchacha de Foxworth. Debía enviarla al orfanato sin demora.

Pero como se había quedado atrapada en la telaraña de la calma desconcertante de la niña, Amelia prosiguió:

—Tendrás que renunciar a tus aposentos, por supuesto, cuando los estudiantes de pago...

—No será necesario. —Amelia se estremeció. La niña la estaba interrumpiendo de nuevo. ¿Su adorado padre no le había enseñado modales?—. No precisaré de su caridad —continuó de una manera tan distante y regia como si fuese una princesa recién depuesta—. Un querido amigo de mi padre y socio de la mina de oro, vendrá pronto a buscarme. El señor Connor es el heredero del actual duque de Winthrop. Es un hombre rico y poderoso. Mi padre me prometió que él cuidaría de mí si le pasaba algo malo.

El amago de una sonrisa burlona curvó la comisura de los labios de Amelia, enseñándole a Claire lo que pensaba de las extravagantes promesas de su padre. A ella también la había engañado la sonrisa triunfadora de David Scarborough. Estaba tan segura de que iba a pagar la matrícula, que había hecho varias compras para la escuela, y para ella misma, por dar crédito a su encanto. ¿Quién iba a pagar ahora sus deudas? ¿Su fantasma?

También prometió volver por ti, ¿verdad, querida?

Pero Amelia se tragó sus crueles palabras, y forzó una sonrisa.

—No creemos que debas albergar ninguna esperanza infantil, Claire.

—¡No me llame así! —De pronto la niña se abalanzó sobre la mesa, con los ojos enrojecidos por una feroz emoción y las manos apretadas—. No lo vuelva a hacer, solo mi padre me llamaba Claire. Mi nombre es Emily.

Amelia se echó hacia atrás sin darse cuenta. Sus manos revolotearon alrededor de su cuello de encaje.

La muchacha corrió hacia la puerta. La abrió y casi se tropezó con una niña con delantal que estaba de rodillas en el portal. Cuando la señorita Winters llegó a la puerta, ya se había ido. El ruido de sus pisadas resonó en el silencio. La súbita imagen de un fustán blanco cruzando una gruesa puerta, advirtió a la directora de que la doncella no había sido su único público.

Amelia se aferró al marco de la puerta jadeando con la respiración entrecortada. La doncella se puso de pie. Lloraba tan intensamente que no podía disimular que no había estado haciendo otra cosa más que escuchar a escondidas.

—¡Oh, madre, pobrecita! —se lamentó. Se limpió su nariz enrojecida con el delantal, y se manchó la punta con polvo de carbón—. Esta misma mañana me dio la confitura de su plato para que se la llevara a mi hermano Freddie, que está tuberculoso.

Amelia se enderezó y lanzó a la muchacha una mirada de reproche.

—Si hubiese querido tu opinión sobre las actividades caritativas de la señorita Scarborough, Tansy, te la hubiese pedido.

La doncella cogió un trapo y se puso a limpiar la luna del reloj del vestíbulo mientras la directora se estiraba la chaqueta y se dirigía de vuelta a la biblioteca. El golpe de la puerta retumbó en toda la escuela.

La doncella puso los ojos en blanco y su mano agarró con fuerza el trapo.

—Ayude a esa pequeña, Señor —susurró con fervor—. Si hay ángeles en la Tierra, yo sé que mi dulce Emily Claire es uno de ellos.

—¡Maldita sea! —soltó Emily y dio un golpe con el pie descalzo contra la alfombra de Aubusson.

Sobre una almohada de encaje una muñeca de porcelana le devolvió la mirada apáticamente con sus inmóviles ojos redondos y azules. Un fino hilo de oro rodeaba su diminuta muñeca. Emily se estremeció. Solo la fascinación por el oro había sido lo suficientemente fuerte como para arrastrar a su padre lejos de ella. En algún lugar de Nueva Zelanda había una mina llena de oro. No entendía de qué le servía, si ahora su padre dormía bajo tierra, atado a sus brillantes cadenas. Emily cogió la muñeca con rabia, y la lanzó de un golpe al otro lado del elegante dormitorio.

Se dejó caer de rodillas y se metió en la boca el borde de la colcha de satén para que no la oyera gritar toda la escuela. Las lágrimas le ardían en las mejillas. Cuando sus sollozos se transformaron en sofocados gemidos, se atrevió a abrir los ojos en la solitaria y extravagante habitación.

La muñeca estaba tirada frente a la ventana en una postura penosa, con las enaguas tapándole el rostro.

—¡Oh, Annabel! —susurró Emily.

Se arrastró hasta la muñeca y le dio la vuelta.

Tenía una fina grieta en su sien de porcelana. Emily la abrazó y sintió que esa zigzagueante fisura iba desde la línea del pelo de la muñeca hasta su propio destrozado corazón.

—Lo siento mucho, Annabel —le alisó la falda de terciopelo y le besó con ternura la grieta—. Tenemos que ser muy valientes, querida. Papá dijo que teníamos que serlo. —Su risa surgió acompañada de un suave hipo—. Lo único que tenemos que hacer es esperar.

Se encaramó al alféizar de la ventana y apretó la muñeca contra su pecho. El hombre que se encargaba de mantener las luces de gas encendidas caminaba por la calle adoquinada. El halo misterioso de las luces traspasaba la bruma, y daba un tono verdoso al crepúsculo. El reflejo de Annabel le devolvió la mirada desde la ventana, sus mejillas sonrosadas y sus rubios tirabuzones contrastaban con sus propios rizos oscuros y despeinados, y con la palidez de su cara. Puso la muñeca debajo de su barbilla. Un escalofrío recorrió su delgado cuerpo.

—Vamos a esperar como niñas buenas, Annabel —susurró—. Papá no puede venir ahora por nosotras, pero el señor Connor lo hará. Papá prometió que vendría.

Mientras se balanceaba adelante y atrás en la creciente oscuridad, una lágrima cayó de su barbilla y se deslizó lentamente por la mejilla de porcelana de Annabel.

PRIMERA PARTE

*Y, sin embargo, como los ángeles
en algunos de los sueños más luminosos,
invocan al alma cuando el hombre duerme.*

—Henry Vaughan

¿Qué ángel me despierta en mi lecho de flores?

—William Shakespeare.

Capítulo 1

*Mi querida hija, rezo para que cuando
recibas esta carta te encuentres bien...*

*Nueva Zelanda
Isla del Norte
1872*

Si hay alguna una mocosa a la que le haga falta una buena paliza, esa es Emily Claire Scarborough! —Barney reprimió un gruñido y casi provocó la risa de Emily. Ella se dio la vuelta, apoyando la espalda en la proa del pequeño vapor. La miraba exhibiendo un gesto de odio con su rostro picado de viruela. Flexionó sus manos enjutas en la barandilla del barco y murmuró—: Y yo soy el chico que debiera dársela.

Doreen agarró a su hermano por la oreja y se la retorció con la misma destreza que había hecho que se convirtiera en el terror de las aulas del colegio para señoritas de Foxworth.

—¡Ay, hermana! —gritó Barney—. ¡Suéltame! No le he puesto la mano encima, por lo menos de momento...

—Más que darle una paliza, creo que lo que te gustaría es acostarte con ella. Ayer vi cómo la mirabas mientras la embutíamos en su vestido elegante.

Emily se rió, y Doreen le retorció más fuerte la oreja. Se había enrabietado aún más por haber tenido el lapsus de hablar con acento *cockney*. Todos sabían que gracias a su habilidad para burlarse de la forma

refinada de hablar de las clases altas, se había ganado un sitio en la escuela. Eso, y el rápido desplome de las finanzas de la señorita Winters.

Barney le apartó la mano.

—Para estar con vosotras dos, niñas, preferiría estar ciego y sordo hasta llegar a Nueva Zelanda. ¡Mujeres!

Escupió, después de haber incluido de mala gana a su hermana en su cáustico calificativo.

Eran unos hurones rabiosos, pensó Emily.

Había sido arrastrada por medio mundo por un par de hurones rabiosos. Caminaban erguidos y llevaban gorras y sombreros, pero incluso vestidos con sedas y diamantes no podían disimular su verdadera... *huronidad*. Se frotó los brazos. Estaban amoratados por los pellizcos de Doreen. Estaba segura que la mordería si no fuese porque temía que al capitán le pareciese poco civilizado. O tal vez porque pensaba que ella le podía responder con otro mordisco.

Suspiró. El pequeño paquebote resoplaba en el agua, dejando una estela en el mar color azul índigo.

Barney se rascó el cuello. El traje de lana que le había comprado la señorita Winters antes de su salida era adecuado para el viento fresco de Londres en otoño, pero no para las cálidas brisas de Nueva Zelanda. Además, el traje, evidentemente, era para alguien con dos tallas menos.

Se secó el sudor de la frente:

—Este país no es normal. Es como haber llegado al infierno antes de tiempo —le guiñó el ojo bueno a Emily—, y si lo es, esta estúpida es la zorra del diablo. Mírala. Uno pensaría que es la dueña de este maldito barco de vapor, y también del mar de Tasmania.

Su hermana no miró a Emily, sino al puente de mando. El anciano capitán estaba desplomado medio adormilado sobre el timón.

—Ella podrá ser la dueña cuando la dejemos en los brazos de su rico tutor —dijo Doreen—. Ese presuntuoso duque heredero tiene que pagarnos todo el dinero que le debe a la pobre señorita Winters por cuidar de esta pequeña bruja todo estos años. Y el diez por ciento es para nosotros.

—Debería ser la mitad —murmuró Barney mientras se tocaba el brillante cardenal que tenía debajo del ojo.

Emily se sintió tentada a darle la razón.

El lunes había bañado en sal sus raciones de comida.

El martes había tirado el whisky de Barney, y se lo había cambiado por el contenido del orinal de su hermana.

El miércoles había lanzado su único traje por la borda, así que se había visto obligado a nadar tras él completamente desnudo. Mientras tanto, Emily se hizo un corte en un dedo para echar su sangre al mar con la esperanza de atraer a los tiburones. A Doreen y al fogonero les había costado una barbaridad refrenarlo para evitar que la tirara por la borda.

Esa misma mañana le había puesto un ojo morado de un puñetazo cuando él y Doreen le estaban sacando su sencillo delantal para ponerle un polisón y una falda.

—Ni siquiera tiene la decencia de llevar sombrero —gruñó Barney.

Tenía la cara llena de granos y la de Doreen, tras cada día de viaje, estaba cada vez más pálida. En cambio, Emily tenía la osadía de exponer su cara a sol y se estaba poniendo morena como una castaña.

—Al menos finalmente hemos conseguido que ese pequeño demonio con pinta de muchacho lleve un vestido apropiado —le respondió Doreen.

La mirada de Barney recorrió de arriba abajo el cuerpo de Emily, consiguiendo hacer que se estremeciera. Emily sabía que no la encontraba tan masculina, aunque odiase admitirlo. Todavía le dolían los pechos por la presión que había ejercido con su huesudo cuerpo mientras la agarraba para que Doreen pudiese atarle las cintas del polisón. Entonces se puso en un extremo de la barandilla, lo más lejos posible de él que la cubierta del barco le permitía. Mientras Barney la miraba de reojo, se ajustó los pantalones. Emily deseó estrangularlo.

Doreen le golpeó las orejas.

—Mantén tus sucias manos donde yo pueda verlas. No podemos estropearlo todo ahora. Nos dieron este trabajo solo porque la señorita Amelia no podía permitirse el lujo de enviar a otros investigadores.

Barney le contestó con un quejido, que fue interrumpido por un grito del capitán:

—¡Tierra a la vista!

A Emily se le aceleró el pulso.

El barco de vapor fue desacelerando. Una mancha verde apareció en el horizonte. Doreen se agarró a la barandilla, y sus demacradas faccio-

nes casi se volvieron hermosas por la expectación. Cuando ya estaban cerca, Barney bajó torpemente por unas cuerdas hasta el bote salvavidas que tenía que llevarlo a tierra. Estaba decidido a encontrar al escurridizo señor Connor antes de correr el riesgo de que Emily se volviera a escapar en tierra firme. Ya había huido una vez en Sidney, y dos en Melbourne, pero Barney era tan tenaz como un perro sabueso, y simplemente había conseguido echársela al hombro y la había llevado de vuelta.

Doreen, excitada, inhaló aire por sus pequeñas fosas nasales.

—¿Quieres que vaya contigo? ¿Crees que lo podrás encontrar tu solo?

—Si ese tipo es tan fino y arrogante como dice la señorita Winters, iré directamente a buscarlo donde estén las casas elegantes. Después nos desharemos de la mocosa y, además, seremos ricos.

Emily esperó a que Barney arriara el pequeño bote para inclinarse sobre la borda, y le gritó agitando un pañuelo:

—Ten cuidado, Barney. Uno de los socios del señor Connor ha muerto, y el otro desapareció sin dejar rastro. —Sonrió con dulzura antes de continuar—: No me gustaría que te pasase nada.

Barney se puso verde. Le devolvió una mirada de odio, se giró y comenzó a remar hacia la costa.

Una gaviota sobrevoló en círculo el lóbrego barco de vapor, y después salió disparada hacia el cielo. Emily siguió su vuelo con la mirada hasta el borde plateado de la isla.

—No olvides nunca —susurró para sí misma—, que Justin Connor es un hombre muy peligroso.

—¡Tuvo que ser el diablo quien trajo a esa maldita Winters!

Cuando su señor, que siempre hablaba suave, estallaba enfadado, Penfeld daba un salto, y traqueteaban las tazas de té que tenía sobre la bandeja. Una gaviota que estaba en el alféizar de la ventana ladeó su cabeza y lo miró con curiosidad y reproche.

Justin Connor arrojó al suelo la carta arrugada y se paseó por la cabaña. Su pelo oscuro estaba alborotado.

—¿Nunca me va a dejar en paz?

Penfeld dejó la bandeja sobre el mantel manchado, temiendo por la

preciosa porcelana al ver que las largas piernas de Justin se movían de una manera muy descoordinada.

—Debió de haber sido el hombre que sacaba goma de los árboles, señor. Ya le dije que estaba haciendo demasiadas preguntas.

Justin se giró haciendo un amplio movimiento que hizo que Penfeld agradeciera haber puesto su cuerpo voluminoso y robusto delante del servicio de té.

—¿Qué te hace pensar que la tenaz señorita Winters necesita la ayuda de un simple mortal? Probablemente me vio en su bola de cristal —dijo agitando los brazos—. Lo único que me sorprende es que haya enviado una carta en vez de venir a buscarme volando en una escoba directamente.

Los labios de Penfeld se retorcieron, pero lo disimuló con una lúgubre tos.

Justin señaló con un dedo acusador a la gaviota.

—¿Eres también alguien de su familia? No hay gatos negros para nuestra terca señorita Winters. —La gaviota metió tímidamente la cabeza debajo del ala. Justin continuó con sus gruñidos—: Debería retorcer tu escuálido cuello y echarte a la olla para cenar.

Mientras se dirigía hacia el pájaro con las manos extendidas, Penfeld se aclaró la garganta de una manera muy sonora.

Justin volvió a la carta que le había sido enviada desde Londres hacía cinco meses, pero que no le había sido entregada hasta esa tarde por un mensajero nativo.

—¡Qué arrogancia la de esa mujer! Insiste en que vaya a buscar a la chica inmediatamente. Se ha inventado no sé qué patrañas sobre ella y dice que está involucrada en un escándalo. ¿Qué pudo haber hecho la niña? ¿Derramar la leche en la cena? ¿Robar el azucarero?

Penfeld dio una palmada a su oronda barriga con cariño.

—A mí una vez me azotaron por un delito similar.

—Qué persona tan avariciosa. Le he enviado cada penique que he podido reunir para la educación de la niña.

Penfeld lo sabía. Él era el que enviaba los delgados sobres sin remitente.

Justin se sentó en un barril de ron volcado. Sus hombros se hundieron.

—Debe de querer más dinero, pero ya no tengo nada que vender. ¿Qué voy a hacer?

Penfeld concentró toda su atención en limpiar con su manga el immaculado pitorro de la tetera:

—La señora Winters podría no ser la única en conocer su paradero. Tal vez su familia, señor...

Justin levantó la cabeza y lo miró con sus ojos color ámbar salpicados con motas intensamente doradas. Le contestó con el mismo tono que sabía que era capaz de frenar en seco al más firme guerrero maorí.

—No tengo familia. —Por un momento lo único que se oyó fue el tintineo de las tazas al chocar entre ellas. La mirada de Justin cambió lentamente y pasó de la furia a la súplica—. Estoy soltero, ¿esa mujer no lo entiende? No me puedo hacer cargo de una niña. Es imposible. Es mucho mejor que se quede en Inglaterra, donde pueda tener una educación adecuada.

Penfeld sopló una imaginaria mota de polvo de la jarra de la crema.

—¿Y cuando ella esté en edad de casarse?

La risa de Justin fue casi salvaje.

—Faltan años para tener que preocuparnos de eso. Solo tenía tres años cuando murió David. Ahora no debe tener más de once o doce.

—Como había tomado una decisión, se puso sus anteojos con marco de oro y comenzó a garabatear furiosamente en la parte posterior del papel—. Le voy a enviar una carta de vuelta con el mensajero. La niña se queda en la escuela que su padre le eligió. Es lo mejor para ella. Ya les enviaré dinero cuando pueda.

—¿Alguna vez ha pensado que la niña podría querer tener un hogar, una familia?

Justin dejó la pluma suspendida sobre el papel. Cuando levantó la mirada, Penfeld deseó haberse tragado sus palabras. Su jefe señaló la polvorienta choza con un amplio gesto. Señaló el suelo de tierra y los libros amontonados en cada centímetro disponible.

—¿Acaso es esto un hogar? —Se tocó la barbilla sin afeitarse, su pecho descamisado y el agujero que tenía en la rodilla de su pantalón de peto—. ¿Parezco una familia?

Penfeld se quedó mirando el suelo. Justin dobló la carta en un cua-

drado perfecto, garabateó una nueva dirección en el sobre y se la entregó. Penfeld la cogió.

Antes de irse, el mayordomo se detuvo en la puerta, miró hacia atrás y vio a Justin tumbado en el barril, sujetando un reloj de oro que llevaba colgado del cuello con una cadena. En los años que llevaban juntos, rara vez lo había visto así. Cuando Justin abrió de golpe la tapa, una lejana niebla se apoderó de sus ojos ambarinos.

Penfeld suspiró apesadumbrado y regresó a paso lento, pero constante, a la aldea de nativos.

Acarició el sobre desgastado que llevaba en la mano temiendo que no era la pobre niña quien necesitaba a su señor; sino que era su pobre señor quien necesitaba a la niña.

Emily movió el polisón de su falda con ambas manos, mientras miraba con interés la batalla que había en la popa del barco. Ya habían pasado tres horas y todavía no había indicios del bote de Barney. Doreen alternaba entre mirar el horizonte con un viejo catalejo oxidado, y amenazar al capitán, que estaba medio sordo. Emily sospechaba que también era medio tonto, para que dejara el barco a la deriva una hora más. El capitán del pequeño paquebote solo hacía la ruta de Melbourne a Auckland una vez al mes y estaba decidido a seguir navegando.

Mientras Doreen graznaba y el capitán gritaba, Emily se volvió hacia el mar, prefería mirar las relajantes olas golpeando contra el casco. El cálido viento jugaba con sus rizos y el sol flotaba como una pluma de oro sobre el mar. Qué irónico le parecía que después de tantos años de espera, hubiera gastado hasta su última gota de energía intentando abortar este viaje. En Inglaterra nunca hubiesen conseguido que subiera al barco si no le hubieran puesto en el café una dosis de belladona tan alta que casi la había matado.

Estaban decididos a entregarla al hombre que más detestaba del mundo, incluso más que a ellos... a Justin Connor.

El rugido de los motores del vapor sacudió la cubierta. Emily se agarró a la barandilla. Sintió que los pistones volvían a la vida, igual que su odio por su tutor.

Cuando el único hijo del rico duque no había regresado de su expe-

dición a Nueva Zelanda, habían volado todo tipo de rumores por la sociedad londinense. Algunas niñas, a las que en el pasado Emily había considerado sus amigas, le habían venido con los cuentos que corrían por los salones de sus padres, enmascarando su malicia con suspiros de compasión, y señalando con la mirada sus vestidos en mal estado y sus botas desgastadas.

En los mejores círculos de Londres el propio nombre de Justin Connor encarnaba el peligro y el romance. En el colegio se cuchicheaba sobre él con una pícaro reverencia. Emily no era la única niña que fantaseaba en sus sueños con su imagen de hombre de capa y espada.

La mayoría lo imaginaba como un apuesto aventurero, un especulador que había hecho su fortuna con tierras, oro y vidas humanas. Juran que había dejado de lado a su familia, y que se había burlado de sus cartas en las que le suplicaban que regresara a casa para ocupar su legítimo lugar como heredero de la fortuna de la naviera de los Winthrop.

Emily entrecerró los ojos. Se lo podía imaginar fácilmente bien instalado en la fértil costa de Nueva Zelanda, viviendo en una hermosa mansión victoriana que se habría comprado con el oro de su padre... y su sangre. Tal vez ya tendría su propia hija... una muñequita de cabellos dorados, envuelta en encajes y rodeada de amor. Durante siete años nunca le envió ni una nota personal, ni una palabra de bondad. La señorita Winters se había encargado con ahínco en que viera sus forzados mensajes, y los patéticos puñados de billetes de una libra y algunos chelines.

Ante tan evidente negligencia, unas pocas semanas después, le habían dado su espaciosa sala de estar a Cecille du Pardieu, una chica con piel de porcelana que se rumoreaba que era hija ilegítima de un príncipe austriaco. El miedo que tenía la señorita Winters a su misterioso tutor era el único motivo que había evitado que la echara a la calle. Decidió que para ganarse el pan enseñaría a las niñas más pequeñas, las mismas que alguna vez habían sido sus iguales.

En su pequeño desván, que también era medio trastero, Emily se había arrastrado por debajo de los aleros y había limpiado con la manga el hollín de la ventana. Después había estado horas mirando a través de ese mar de sucios tejados y chimeneas, esperando a que el señor Connor viniera a llevársela.

El barco emitió unos crujidos y comenzó a moverse. Doreen dio un grito de protesta. A medida que la isla se fundía en el horizonte, Emily clavaba con más fuerza las uñas en la barandilla.

—No nos vamos a conocer hoy, señor Connor —murmuró—, ni hoy ni nunca.

Jamás tendría la oportunidad de reírse en su cara por atreverse a creer que él podría querer que formara parte de su vida.

Mientras el vapor resoplaba a un ritmo ordenado, Doreen cambió los gemidos de desesperación por un grito de alegría. La mirada de Emily siguió su brazo extendido.

Entre las olas se podía ver la pequeña embarcación de Barney. A Emily se le cortó la respiración. Aturdida, dio un par de pasos hacia la barandilla y observó cómo Doreen y Barney izaban el bote con gran esfuerzo.

Antes de que Barney pudiera salir, Doreen ya le estaba pinchando las costillas.

—¿Qué te ha dicho? ¿No lo has traído? —le preguntó estirando su escuálido cuello para mirar en el interior del bote por si su hermano lo tenía escondido debajo del asiento—. ¿Vendrá? ¿Va a mandar un barco de lujo para nosotros?

Barney levantó lentamente la cabeza. Sus ojos eran como dos piedras planas de basalto sobre una cara cetrina.

—No estaba allí. No hay nadie, aparte de un puñado de malditos salvajes, y un viejo ermitaño llamado Pooka que vive en una choza. No hay ninguna casa lujosa ni ningún un caballero elegante.

—No puede ser, tiene que estar allí. Lo dijo la señorita Amelia.

La mirada de Barney se posó en Emily con malicia.

—¿Me has escuchado? No está allí.

Doreen dejó caer los hombros.

—La señorita Amelia se temía esto. Ni siquiera le dijo en la carta que le envió que le traíamos a la muchacha.

—Tenemos que encontrar otra manera de hacerlo, y seguir, ¿no?

Un dolor punzante atravesó a Emily, y se quedó profundamente impactada por su intensidad. Odiaba a Doreen. Odiaba a Barney. Odiaba a todo el mundo, pero lo que más odiaba era ese rincón de su corazón que se había atrevido a tener esperanzas.

Las lágrimas nublaron sus ojos. Echó la cabeza hacia atrás, estalló en carcajadas y habló por primera vez durante toda esa larga y deprimente tarde.

—Estoy segura que la señorita Winters recibirá muy pronto sus explicaciones: «Querida señorita Winters, lamento informarle que mi situación actual no es la más adecuada para hacerme cargo de una niña. Le adjunto la generosa cantidad de tres libras y cinco chelines para su educación, su pensión y su dote, y medio penique extra para que le compre un caramelo. —Barney y Doreen la miraron boquiabiertos y sus mandíbulas puntiagudas les llegaron hasta la garganta—. ¡Dios! Sois tan patéticos. Viajáis al otro lado del mundo a las órdenes de una vieja avariciosa y senil, con una misión absurda. Tú con un sombrero horrible, y tú con un traje feo que te queda pequeño. ¡Sois un par de payasos! ¡Todos somos unos payasos del maldito circo ambulante de la señorita Winters!

Emily se dio la vuelta. Se estaba tragando las lágrimas, pero antes prefería ir al infierno a que esos dos la vieran llorar.

Los oyó susurrar detrás de ella y se preguntó si había ido demasiado lejos. Dudaba si alguna de las educadas alumnas de la señorita Winters se habría atrevido nunca a tratar a la quisquillosa señorita Dobbins de esa manera.

El crujido de un tablón hizo que Emily se diera la vuelta. Barney y Doreen se dirigían hacia ella con los hombros encorvados como dos gatos callejeros. Emily lanzó una mirada enfebrecida al puente de mando. El capitán estaba tumbado sobre el timón y roncaba con los ojos abiertos.

—Eras la última esperanza de la pobre señorita Amelia —le dijo Doreen, con una voz tan plana que sonaba extraña, igual que sus ojos.

—Pequeña bruja desagradecida —murmuró Barney.

Emily se apretó contra la barandilla y se le clavó su basta madera en la espalda.

—Alejaos de mí, os lo advierto.

—¿Por qué? —Doreen se burló—. ¿Va a bajar del cielo el gran y poderoso señor Connor para salvarte? Él no te quiere. Nadie te quiere.

Esas palabras debían haber perdido su capacidad de hacer daño, pero Emily descubrió que no. Maldijo en silencio sus pesadas faldas y midió las posibilidades que tenía de salir corriendo delante de ellos por la estrecha cubierta. Barney ladeó la cabeza.

—¿Qué es lo que dijo la señorita Amelia sobre llevarla de vuelta?

Doreen le contestó con su más puro acento *cockney*:

—Dijo que sería una desgracia para la escuela, y que era mejor mantenerla lejos de sus mejores alumnas. Añadió que si la llevaba de vuelta, me tendría que buscar un nuevo empleo.

Barney asintió con aire de suficiencia. El viento del atardecer se hizo más frío y los hermanos se intercambiaban unas miradas en silencio para ponerse de acuerdo. Con la destreza que les daba haber sobrevivido a una infancia sin madre en el este de Londres embistieron contra ella.

Barney la cogió de una pierna y Doreen de la otra. Emily cerró el puño y se lo estampó a Barney en la cara. El hombre escupió sangre y ella se dio cuenta de que le había roto la nariz. Eso hizo que pudiera disfrutar por unos segundos de su triunfo. Entonces el cielo y la tierra intercambiaron su lugar. La habían subido por encima de la barandilla del barco de vapor, que estaba en medio de un mar que comenzaba a oscurecerse.